

APROXIMACIONES AL DEBATE POSITIVISMO - HISTORICISMO: CONSIDERACIONES ACERCA DE LA GEOGRAFIA FISICA

por Luis Alberto Bertani

INTRODUCCION

En “Las Palabras y Las Cosas” Michel Foucault ha argumentado acerca de la existencia de dos grandes discontinuidades en la episteme occidental: la que inaugura la época clásica hacia mediados del siglo XVII y la que, a principios del siglo XIX señala el umbral de la modernidad¹. Es a partir de esta última ruptura que se desarrolla la Geografía como ciencia moderna, pudiéndose reconocer, desde ese entonces, la primacía del sustento filosófico del positivismo y del historicismo, alternativamente, en sus formulaciones teóricas y en la producción científica misma.

Si bien la noción khuniana de “paradigma”² para explicar la Historia de la Ciencia ha sido objeto de grandes controversias y finalmente de críticas respecto a su capacidad explicativa acerca del desarrollo real de las teorías científicas, creemos válido apropiarnos, en sentido amplio, de dicho concepto para presentar la oposición que en los planos ontológico, metodológico y gnoseológico diferencian a las corrientes de pensamiento Positivista e Historicista, para luego adentrarnos en el análisis de ellas en el pensamiento geográfico y en la geografía física en particular. El ‘enfrentamiento’ entre estas dos posiciones fue propuesto durante el siglo anterior por el filósofo alemán Ernest Laas en su obra *Idealismus und Positivismus* (1879-1884), en la que presentó a la Historia de la Filosofía como un enfrentamiento entre dos doctrinas fundamentales: el platonismo (o idealismo) y el positivismo. El primero se caracteriza por el apriorismo o innatismo, el racionalismo, el espiritualismo y la teleología, mientras que el segundo, reconoce como único fundamento los hechos positivos y exige que todo conocimiento se sustente en hechos o experiencias.

Otra lectura de la contraposición positivismo-historicismo fue planteada por el historiador hermeneuta Juhan Droysen quien, diferenciando Naturaleza e Historia, introdujo la distinción entre explicación y comprensión como métodos propios, respectivamente, de las ciencias de la naturaleza y las ciencias morales o históricas, afirmando -frente a las pretensiones de los filósofos positivistas- que las segundas no podían constituirse según el modelo de las primeras, rechazando por ende, el monismo metodológico.

Wilhelm Dilthey realiza un esfuerzo por afirmar la especificidad y autonomía de las ciencias humanas o del espíritu respecto a las ciencias de la naturaleza “no por su método ni por su objeto, que a veces coinciden en ambas, sino por su contenido. Los hechos espirituales no son dados, como los procesos naturales, a través de un andamiaje conceptual, sino de un modo real, inmediato y completo”. (Capel, 1981, pag.260)

Wilhem Windelband acuerda distinguir que mientras el objeto de estudio de las ciencias naturales es el descubrimiento de leyes acerca de la naturaleza, las ciencias históricas estudian fenómenos que se caracterizan por su singularidad. La división windelbandiana entre ciencias nomotéticas e idiográficas contribuye a definir, hacia fines del siglo XIX, el debate de los filósofos neokantianos acerca de la oposición naturalismo-historicismo.

A modo de primera aproximación respecto a los sustentos filosóficos y metodológicos que diferencian las posturas en debate, se presenta el siguiente cuadro:

Positivismo	Historicismo
-------------	--------------

¹ Con el objeto de interpretar los cambios que ha experimentado la ciencia, Foucault ha examinado las variaciones de la relación entre las palabras y las cosas a lo largo de la historia moderna. Su análisis se ha centrado en las diversas ideas del mundo o estructuras de pensamiento que denominaremos *epistemes* (Foucault, 1971, pag. 19). Este autor afirma que durante el siglo XVI la realidad se encontraba en un sólo plano, y que palabras y cosas se percibían en el mismo nivel. Esta episteme, o sistema de pensamiento renacentista sucumbió en la primera mitad del siglo XVII ante una episteme clásica, que estableció una separación entre las cosas y sus representaciones. El problema que se le planteaba a la ciencia en ese período era encontrar un lenguaje que reflejase el orden aparente del mundo. A principios del siglo XIX se produjo una nueva ruptura, en este caso hacia la comprensión de la función y no del aspecto. En esta episteme moderna, las ciencias que estudiaban a las personas se encuentran en la nueva posición de observadoras y observadas al mismo tiempo. Esta situación adquirió una importancia especial en el desarrollo de las ciencias naturales, la lingüística y la economía política (Unwin, 1992, pag52-53).

² Para Kuhn, los paradigmas son “realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo proporcionan modelos y soluciones a una comunidad científica” (Kuhn, 1971, pag. 13). La crisis de un paradigma vigente y la sustitución por otro distinto es lo que da lugar a las revoluciones científicas, mediante un proceso que se desarrolla en forma no lineal.

Unidad de la ciencia	Distinción entre Naturaleza e Historia
Monismo metodológico EXPLICACION	Dualismo Metodológico distinción entre EXPLICACION y COMPRENSION
Modelo de cientificidad: las ciencias de la Naturaleza	Rechazo del reduccionismo naturalista
Formulación de leyes generales	Imposibilidad de establecer generalizaciones respecto de los procesos socio históricos
Predicciones rigurosas	Imposibilidad de formular predicciones en las ciencias humanas
Conocimiento científico basado en la obser- vación y la razón	Conocimiento científico que recurre a faculta- des tales como la sensibilidad y la intuición
Análisis ahistóricos	Enfasis en el desarrollo histórico
Indiferencia axiológica	Valoración

Diversos autores interesados en la Historia de la Geografía (H. Capel, J. Gómez Mendoza, T. Unwin, A. García Ballesteros, etc.) reconocen en la evolución del pensamiento de esta disciplina un movimiento pendular entre posiciones positivistas e historicistas, que subyace aún en las teorizaciones y prácticas más recientes. Las primeras, originadas bajo el influjo del pensamiento ilustrado fueron cuestionadas en los albores del siglo XIX por la reacción romántica. Ya en el siglo XX, y sin desconocer los importantes cambios conceptuales respecto del positivismo decimonónico, la Concepción Heredada recupera sus supuestos básicos. La réplica asomó, al igual que en otras ciencias sociales a mediados de los años 60 en lo que se ha dado en llamar “Movimiento Crítico”.

Una breve historia de este vaivén en Geografía puede reconocerse en las figuras “paradigmáticas” de una u otra tendencia. Así, en la obra del geógrafo alemán Friedrich Ratzel permean las ideas biologicistas (darwinianas y haeckelianas) muy distintas a las que Vidal de la Blache direccionó para el mundo académico francés en las que se reconoce -pese a la pervivencia del enfoque positivista- la ascendencia del historicismo neokantiano en conceptos tales como “región” y “género de vida”.

a) La influencia del Círculo de Viena y de la Escuela de Berlín es notoria en la denominada “Geografía Teórica y Cuantitativa” (Christaller, Chorley, Hagget) en el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial.

b) El Existencialismo y la Escuela de Frankfurt serán el semillero para el posterior desarrollo teórico de las Geografías Humanistas (Buttimer, Ley) y Marxistas (Peet, Harvey) en tiempos del Mayo Francés. Estas posturas críticas, son hoy revisitadas a la luz de los aportes de Gadamer y Habermas entre otros, y se plasman en novedosos recorridos teóricos como los realizados por Gregory, Harvey, Soja y el latinoamericano Santos, entre otros.

Este trabajo está centrado en el debate Positivismo-Historicismo en el marco del pensamiento geográfico del siglo XIX y principios del XX, para tratar de adentrarnos específicamente en su impronta y en las producciones referidas a la Geografía Física de ese período. Primeramente, se realiza una presentación sucinta de los principios de las posturas filosóficas en ciernes. Previamente creemos que aquí cabe la disgresión de considerar que la oposición Positivismo-Historicismo no sólo es propia de las ciencias sociales sino que también está presente en las ciencias naturales. Estas parecen, de entrada, más “objetivas” que las primera y más apropiadas para que dominen en ellas enfoques de carácter “positivista”. Sin embargo, varias ciencias naturales como por ejemplo la Botánica tienen un fuerte componente idiográfico ya que describen y analizan fenómenos concretos al tiempo que admiten un enfoque generalizador o nomotético³.

Hacia fines del siglo XIX, la necesidad de asignar a la geografía (debilitada por un lado por el exponencial desarrollo de las ciencias de la naturaleza y, por otra parte, por el creciente prestigio de la Historia y la Sociología) “un lugar entre las ciencias” llevó a definirla como ciencia de “encrucijada” entre ambos conjuntos disciplinares. El dualismo disgregador entre Geografía Física y Geografía Humana comenzó a superarse con la aceptación del “estudio del espacio”, el que en su complejidad manifiesta la interacción de fenómenos naturales e históricos que delimitan áreas diferenciadas en

³ Es interesante señalar respecto a la medicina que cuando se dice “no existen enfermedades sino enfermos” se está expresando un punto de vista Historicista frente a un enfoque Positivista que destacaría, en cambio, la enfermedad y trataría de reconocer los rasgos previamente definidos en cada enfermo concreto.

la superficie terrestre: los paisajes o regiones. La íntima relación entre dichas “ramas” implicó que los geógrafos físicos recibieran una importante formación en Geografía Humana y, por ende también, el eco de la problemática que afecta a las ciencias sociales en general. Es así que el movimiento pendular que se detecta en varias tradiciones geográficas está también presente en la tradición física.

CARACTERES GENERALES DEL POSITIVISMO

El término “positivismo” tiene origen en la obra del filósofo francés Auguste Comte quien desarrolló en el *Discurso sobre el Espíritu Positivo* (1844) un sistema de pensamiento que comprende una Filosofía de la Historia, una fundamentación y clasificación de las ciencias asentada en la filosofía positiva y una sociología o doctrina de la sociedad⁴.

La filosofía de la historia de Comte se resume en el reconocimiento de tres estadios; entendidos como actitudes “totales” asumidas por la Humanidad en cada uno de sus períodos históricos fundamentales: el teológico, el metafísico y el positivo:

a) El estadio teológico es aquel en el cual el hombre explica los fenómenos por medio de seres sobrenaturales y potencias divinas o demoníacas. A este estadio, cuyas fases son el fetichismo, el politeísmo y el monoteísmo, corresponde un poder espiritual teocrático y un poder temporal monárquico, unidos en un Estado de tipo militar.

b) El estadio metafísico, que arranca en el monoteísmo como compendio de todas las fuerzas divinas en un solo ser y que, al personalizarlas en una unidad, permite al propio tiempo su despersonalización. Las causas de los fenómenos se convierten entonces en ideas abstractas, en principios racionales. Es un período crítico, negativo, una desorganización de los poderes espirituales y temporales, una ausencia de orden que tiende continuamente a la anarquía, pues en el estadio metafísico irrumpen todas las fuerzas disolventes de la inteligencia.

c) Finalmente, sobreviene el estadio positivo, que sustituye las hipótesis y las hipótesis metafísicas por una investigación de los fenómenos limitada a la enunciación de sus relaciones. A esta altura del progreso intelectual corresponde una superación de la fase crítica intermedia; el poder espiritual pasa entonces a manos de los sabios, y el poder temporal a manos de los industriales (en esta última fase surgen claramente las ideas de Claude Henri de Rouvroy, Conde de Saint-Simon, de quién Comte fuera discípulo), pero la era industrial que Saint-Simón anunciaba queda completada y perfeccionada por el positivismo de la ciencia, que renuncia a todo lo trascendente, que se reduce a la averiguación y comprobación de las leyes dadas en la experiencia, y ello no sólo para los fenómenos físicos, sino también para los puramente espirituales, para el mundo de lo social y de lo moral (Ferrater Mora, 1979, pag. 551-552).

Las ciencias también pueden clasificarse de acuerdo a esta Ley en tres etapas y Comte defendía que cada clase de conocimiento recorría las etapas a una velocidad diferente, siendo las ciencias más generales, sencillas e independientes, como la astronomía, las primeras en alcanzar la etapa positiva, seguidas de la física, química, fisiología y, posteriormente, de la física social, la más particular, compleja e interdependiente de todas. Comte asumió la labor de llevar la física social o sociología hasta la etapa positiva final.

Como sintetiza Ferrater Mora (1979, pag. 552) “Por simplicidad de su objeto, las matemáticas son las ciencias en donde lo positivo ha sido adquirido con anterioridad a las demás; ya que en la Antigüedad han sido tratadas positivamente. Pero la mayor complicación gradual que ofrecen los demás saberes, el predominio en ellos de lo concreto y de lo inductivo hace que su positivismo sea progresivamente más tardío. Así ocurre con la astronomía; así también y en grado mayor con la física, la química y la biología. Por último, la ciencia cuyos objetos son más concretos, la sociología, es la que con mayor retraso penetra en el dominio de lo positivo. Justamente la inclusión de la sociología en este dominio es lo que caracteriza, en el fondo, el advenimiento del estadio positivo total, de la fase en la cual la sociología como ciencia del hombre y de la sociedad podrá, finalmente, ser convertida, por el método naturalista, en una estática y en una dinámica de lo social”.

El positivismo puede definirse como un método científico y como una concepción filosófica del mundo, aspectos ambos que están íntimamente ligados entre sí. Como método científico el positivismo es un empirismo racionalista decididamente antimetafísico. A ello va unida una posición naturalista y un reduccionismo científico en el que las ciencias de la naturaleza se convierten en el modelo de toda científicidad, lo cual, a su vez, deriva lógicamente de la concepción monista del mundo, que es esencial a este movimiento. Las reglas básicas del método positivista (Capel, 1981, pag. 269), se reducen en esencia a tres fundamentales:

La primer regla parte de que la verdadera observación es la única base posible de los conocimientos, lo que constituye un rechazo a las explicaciones “vagas y arbitrarias” de la filosofía teológica y metafísica. A partir de esta afirmación, Comte enuncia como regla fundamental que toda proposición que no puede reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible.

⁴ Diversos filósofos posteriores a Comte han recibido el nombre de “filósofos positivistas”, englobándose bajo esta denominación a quienes manifiestan hostilidad hacia todo idealismo, y se atienen a lo dado por los sentidos. La laxitud de este criterio permitió agrupar a pensadores tan distintos como “aquellos que manifiestan simpatía por el fenomenismo, el naturalismo y el científicismo” (Ferrater Mora, pag.2640).

La segunda regla se refiere a la necesidad de reducir el estudio solamente a lo que es, es decir, a los fenómenos, “renunciado a descubrir su primer origen y su destino final”. El conocimiento positivo rechaza, así, el conocimiento absoluto y afirma que éste “debe permanecer siempre relativo a nuestra organización y a nuestra situación”, de modo que las especulaciones racionales “no pueden tener nunca la fijeza absoluta que los metafísicos han supuesto”. La ciencia, imposibilitada de acceder a las causas de los fenómenos queda circunscripta al establecimiento de las relaciones constantes que existen entre ellos⁵.

La tercer regla, postula la previsión racional como destino de las leyes positivas. A diferencia del empirismo ingenuo que se limita a una estéril acumulación de hechos, el positivismo considera que la ciencia debe “buscar leyes de los fenómenos” pues los hechos propiamente dichos, por exactos y numerosos que puedan ser, nunca procuran otra cosa que materiales indispensables. La verdadera ciencia, “lejos de estar formada de meras observaciones, tiende siempre a dispensar, en cuanto es posible, de la exploración directa, sustituyéndola por aquella previsión racional, que constituye, por todos aspectos, el principal carácter del espíritu positivo”. De tal modo que la previsión, al ser consecuencia necesaria de las relaciones constantes descubiertas entre los fenómenos, no permitirá confundir la ciencia real con una vana erudición que acumula hechos maquinalmente, sin aspirar a deducirlos unos de otros⁶. De esta forma, “el verdadero espíritu positivo consiste ante todo en ver para prever, en estudiar lo que es, a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma de la invariabilidad de las leyes naturales⁷ (Capel, 1983, pag. 269-270).

Cabe señalar que las predicciones no implican ningún tipo de valoración puesto que es distintivo de la ciencia positiva su indiferencia axiológica, la actitud que niega todo valor cognoscitivo a los juicios de valor y a los enunciados normativos. J. Stuart Mill en su Curso de Filosofía Positiva resume de la siguiente manera la concepción positivista en la ciencia: “Nosotros no tenemos conocimiento de nada excepto de fenómenos; y nuestro conocimiento es relativo. No conocemos la esencia ni el modo real de producción de cualquier hecho, sino solamente sus relaciones con otros factores en la forma de sucesión o de semejanza. Esas relaciones son constantes: es decir siempre son las mismas bajo las mismas circunstancias. Las semejanzas constantes que enlazan juntos los fenómenos, y las constantes secuencias que los unen como antecedente-consecuente, se llaman sus leyes. Las leyes de los fenómenos es todo lo que conocemos respecto a ellas. Su esencial naturaleza y sus últimas causas, sean eficiente o finales, son desconocidas e inexcrutables para nosotros” (Mill, 1865, Ed. 1977 pag. 41 y 42).

Para el científico positivista el modelo de científicidad está constituido por las ciencias de la naturaleza y, en particular por la biología durante el siglo XIX. Incluso las ciencias sociales se intentan construir de acuerdo con este modelo, y así A. Comte pretende la construcción de una *física social*, al igual que (Hebert Spencer) pretendió elaborar una *biología social*. Las raíces de esta pretensión son variadas. No cabe duda que los espectaculares avances de dichas ciencias durante el siglo XIX y el científicismo dominante en este siglo tuvieron que influir en ella. Pero este reduccionismo científico deriva también de un postulado filosófico, el de la unidad profunda de la ciencia y del método científico. Se trata, de la certeza de que los modos de adquisición de un saber válido son fundamentalmente los mismos en todos los campos de la experiencia. Pero este monismo gnoseológico, a su vez procede, en último término, de una postura filosófica esencial en el positivismo: la concepción monista del mundo.

El monismo positivista se opone al dualismo de origen cartesiano, que distinguía entre mundo físico y mundo moral, y, más cercanamente al dualismo kantiano. Se trata de un monismo de base materialista, según el cual existe una sólo realidad natural de la que el mundo físico y el psíquico son dos caras o manifestaciones distintas de la misma realidad. En esta perspectiva, se intenta reducir la vida humana a un complejo de fenómenos fisicoquímicos al punto de considerar los hechos psicológicos como funciones cerebrales de neto corte biologicista.

Los avances de la biología, por un lado, y los de la física y química por otro, parecían dar seguridad a este monismo. El desarrollo del electromagnetismo, el descubrimiento de la relación entre fuerza mecánica y electricidad, las interrelaciones que se descubren en aquellos años entre electrostática, magnetismo, calor, química y mecánica, la formulación de los principios de la termodinámica, parecían apoyar la idea de un universo unitario, reducido a fuerza y materia.

⁵ Estas dos primeras reglas han sido caracterizadas muy bien por Kolakoswki (en Capel 1981, pag. 306) como la regla del *fenomenalismo* (no existe diferencia real entre “esencia y fenómeno” “y por tanto” tenemos derecho a registrar lo que se manifiesta efectivamente a la experiencia) y la regla del *nominalismo* (la interdicción de suponer que un saber cualquiera, formulado en términos generales, tenga en la realidad otros equivalentes que los objetos concretos singulares). El *nominalismo* es una corriente de la filosofía medieval que afirma que existe en realidad únicamente las cosas aisladas con sus cualidades individuales. Los conceptos generales de estas cosas no sólo no existen independientemente de ellas, sino que incluso no reflejan sus propiedades y cualidades (Diccionario de Filosofía, 1980, pag. 314).

⁶ Como hemos dicho, es esencial del método positivista el descubrimiento de leyes, su encadenamiento lógico, que es denominado con frecuencia en la época como **deductivo**.

⁷ La posibilidad de realizar predicciones deriva del postulado de que existe un orden constante y necesario de los fenómenos de la naturaleza.

Por otra parte, hay que tener en cuenta cuanto gravitó la organización del sistema universitario alemán que hacia mediados del siglo XIX se convirtió en modelo para toda Europa. En él, muchos científicos naturalistas ocuparon cátedras de filosofía y psicología, difundiendo las tendencias monistas en los campos más diversos del saber.

La gran difusión de las ideas positivistas, fue recusada con el desarrollo cada vez más sistemático, en el mundo académico, de un pensamiento en contrapunto con sus postulados centrales tales como el monismo y el empirismo. Nos referiremos a aquella concepción de raíz Kantiana, denominada genéricamente Historicismo.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL HISTORICISMO

Bajo el nombre de Historicismo se agrupa “a un conjunto de doctrinas y corrientes de muy diversa índole pero que coinciden, por lo menos, en subrayar el importante papel desempeñado por el carácter histórico -o historicidad- del hombre, y en ocasiones hasta de la Naturaleza entera. Se han realizado varios intentos de definir “Historicismo” de modo que la definición abarque un conjunto de doctrinas y corrientes muy distintas, pero que o son específicamente historicistas o contienen elementos historicistas o son capaces de dar origen a desarrollos historicistas. Uno de estos intentos es el de Maurice Mandelbaum, al proponer una definición que aspira a comprender autores tales como Herder, Hegel, Marx, y otros: Historicismo es la creencia de que se puede conseguir una adecuada comprensión de la naturaleza de cualquier fenómeno y un juicio adecuado de su valor considerando tal fenómeno en términos del lugar que ha ocupado y el papel que ha desempeñado dentro de un proceso de desarrollo” (Ferrater Mora, 1979, pag. 1531)⁸

Ahora bien, aun restringida la definición del historicismo, nos encontramos con varios interrogantes referidos, por un lado al ámbito de la aplicación de la noción de realidad histórica; y por otra parte por el modo de tratamiento del concepto de historicidad. Respecto del primero se reconoce:

- historicismo antropológico, influenciado por el modelo de las ciencias históricas, que adscribe la historicidad al hombre y a sus producciones, e
- historicismo cosmológico, de corte evolucionista, que adscribe la historicidad del cosmos entero.

El historicismo de fines del siglo XIX elevó la historia a categoría explicativa de la realidad social, al considerar que ésta es el resultado de un desarrollo y, por consiguiente, la descripción desde su origen, es esencial e indispensable para entender la realidad. Toda acción humana, sostuvo Dilthey, “lleva en sí la historia, es fruto del devenir, y ella misma está sometida a cambio. Por eso la realidad social es siempre histórica, e histórico es necesariamente todo objeto de las ciencias humanas”. La realidad social es una creación del hombre. “Todo ha surgido de la actividad espiritual”, sigue diciendo Dilthey, “y lleva el carácter de historicidad, insertándose como producto de la historia en el mismo mundo sensible” (Capel, 1981, pag. 315). Las ciencias humanas, creadas históricamente, no hacen más que dar cuenta de esta historicidad esencial de la realidad.

La introducción de la historia como elemento esencial en la misma naturaleza de algo, supone introducir una dimensión de extraordinaria complejidad, ya que la historia está compuesta por una sucesión de acontecimientos singulares, realizados además, intencionalmente. Precisamente uno de los principios básicos del historicismo es la consideración del carácter individual en lugar de una consideración generalizada y abstracta de las fuerzas histórico-humanas. Esta singularidad se diferencia del carácter uniforme y repetible de los fenómenos de las ciencias naturales, que permiten un conocimiento determinista de la naturaleza.

La oposición entre la explicación generalizante positivista -considerada propia de las ciencias de la naturaleza, y que consistiría en establecer la conexión causal entre los fenómenos de la experiencia sensible- y la comprensión historicista, es un elemento básico de la reacción metodológica. Conduce a la aceptación en el conocimiento científico de facultades que no serían admisibles para un positivista, tales como la intuición, la sensibilidad o el sentimiento poético. Para un historicista, en las ciencias del espíritu sólo se puede comprender verdaderamente mediante la vivencia, penetrando dentro del algo, mediante un conocimiento que Ortega y Gasset, traduciendo a Dilthey, llamó “empatético” procurando el contacto directo inmediato, con el objeto que se quiere entender, y utilizando también, si es necesario, la sensibilidad.

La introducción del desarrollo histórico como elemento esencial en la realidad social implica, como se dijo anteriormente, la aceptación de lo particular y de lo singular de aquello que no puede ser sujeto a leyes de carácter universal. Pero para que esto sea admitido con igual rango científico del que posee la cientificidad generalizante de las ciencias de la naturaleza, hacía falta justificar teóricamente la posibilidad de esa ciencia de lo singular.

⁸ Al igual que el vocablo Positivismo, la definición de Historicismo es demasiado general y en ella se incluyen filosofías tan distintas entre sí como la de Dilthey, Marx, Troeltsch, Mannheim. Según Ferrater Mora, conviene no incurrir en el peligro de llamar *historicistas* a muchas filosofías que deben ser comprendidas en función de otros elementos. Así aunque Heidegger iniste en la noción de historicidad, su filosofía no puede ser simplemente llamada historicista. Y aunque Ortega y Gasset declara taxativamente que el hombre no tiene naturaleza sin historia, hacer de su filosofía un puro y simple historicismo es interpretarla inadecuadamente (...).

En geografía la afirmación del Historicismo coincide con el desarrollo de la escuela regional y del paisaje, con la afirmación del carácter idiográfico de la ciencia, con la exaltación del problema del posibilismo, y con una inflexión en la metodología científica, que ahora acepta facultades tales como la intuición, y amplía el objetivo hacia la comprensión de una realidad considerada compleja. Todo esto genera una reacción contra la etapa anterior y un enfrentamiento, que no deja de ser confuso debido a la pervivencia de algunos rasgos del positivismo.

A modo de síntesis la crítica del modelo naturalista de científicidad y la afirmación de la especificidad de las ciencias humanas originada, a su vez, en el rechazo del monismo y de la afirmación correlativa de la antinomia naturaleza-historia, acarrea en la Geografía consecuencias metodológicas importantes tales como el desplazamiento del objetivo del conocimiento científico desde la explicación a la comprensión y la necesidad de justificar teóricamente una ciencia de lo singular. Esta concepción también marcará un nuevo rumbo en el estudio de los fenómenos específicos de la Geografía Física que se explicarán en el apartado correspondiente.

EL POSITIVISMO EN LA GEOGRAFÍA

En geografía, la pretensión de realizar una ciencia “positiva” aparece hacia fines del siglo XVIII. Hacia mediados de ese siglo surgieron diversos “sistemas geográficos”, en los que a partir de la aceptación de ciertos principios generales podía deducirse la configuración orográfica y lacustre de continentes o regiones poco conocidas. Frente a ellos, los datos “positivos” mostraron “la falsedad de esas especulaciones y las hicieron caer en el descrédito. De la misma manera, frente a las especulaciones de un naturalista como Buffon sobre la existencia del continente austral, basándose en consideraciones acerca de la formación de los hielos australes por grandes ríos procedentes del polo sur, las expediciones de Cook, La Perouse o Malaspina hicieron avanzar la geografía positiva mediante los descubrimientos y observaciones en mares poco conocidos. Este movimiento se desarrolló en Europa sobre todo en los años centrales del siglo XIX, e influyó de manera significativa en el pensamiento científico de los primeros maestros de la geografía institucionalizada. A ello habría de sumarse el impacto del evolucionismo y, más concretamente, de la obra de Darwin y de los primeros creadores de la ecología.

Las bases del evolucionismo pueden encontrarse en las ciencias -incluidas las sociales- en la generalización del concepto organismo. La difusión del organicismo de base biológica vino potenciada por el triunfo del evolucionismo, que supuso el abandono definitivo de la concepción estática del mundo y su sustitución por otra de carácter dinámica. Si bien las ideas ya se habían gestado durante el siglo XVIII, sólo ahora pasan a ser aceptadas por los científicos de forma general. La concepción evolucionista se afirma tanto en Geología - a través del hito fundamental que significa la publicación en 1833 de los *Principles of Geology* de Lyell -, en Astronomía donde la teoría de la evolución de las galaxias de Laplace supone el paso hacia un universo en evolución y en Biología con la publicación de *The Origin of Species* (1859) de Charles Darwin.

La aceptación de que la naturaleza no era algo inmutable desde su origen, sino que había experimentado una larga historia y era producto de un desarrollo, constituyó uno de los más decisivos avances del pensamiento científico occidental. El evolucionismo biológico no vino más que a mostrar que también los seres vivos habían sufrido un largo proceso de cambio, aunque la formación de un pensamiento evolucionista no reconoce otros campos de procedencia, incluso de las ciencias humanas como la Filología o la Prehistoria.

Desde mediados del siglo XIX el uso de analogías orgánicas se generalizó en diversas ciencias. Los suelos y las formaciones vegetales, por ejemplo, fueron considerados como organismos, es decir, como entes organizados dotados de vida propia. Toda la Tierra fue considerada también como un organismo, como un ser vivo cuyas diversas partes desempeñan funciones especiales que interesan a la totalidad. La aplicación de la idea de organismo a la sociedad fue de Saint-Simón, pero su más amplia utilización fue realizada por H. Spencer, quién facilitó también una justificación teórica de la validez del uso de la comparación entre la sociedad y los organismos vivos, en base al principio general de organización de sus componentes, integrando en una sólo fórmula la evolución orgánica y superorgánica o social. La evolución de la sociedad se integra así en el marco general de la evolución universal, obedeciendo a sus mismas leyes, aunque reconociendo una mayor complejidad⁹.

Lo que la Biología, y concretamente la obra de Darwin, pudo aportar fue la explicación del proceso a través del cual se produce la selección natural y la evolución. Las ideas de competencia y selección tuvieron un eco inmediato en las ciencias sociales y fueron utilizadas ideológicamente para justificar el naciente orden social capitalista, exaltando como

⁹ Es a partir de estas ideas que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX una sociología positiva de base evolucionista, que -según H. Spencer- tenía que partir del reconocimiento de que el orden social estaba de acuerdo con las leyes naturales. Esta idea tenía amplia aceptación en ese entonces al punto de que un sociólogo español, Santamaría de Paredes (en CAPEL, 1981, pag. 278) llegó a afirmar “que no se puede ser sociólogo sino dentro del evolucionismo y a condición de no usar otro lenguaje que el de las Ciencias Naturales”.

algo inscripto en el orden natural, la competencia y el triunfo de los más aptos. La economía natural se convierte en una economía de producción y no de conservación. Esta nueva economía basada en las relaciones competitivas entre los seres vivos y el medio natural fue desarrollada posteriormente por Ernest Haeckel, padre de la ecología y de su concepto central, ecosistema. Esta disciplina tendrá importantes repercusiones en la geografía que se iba definiendo en aquellos años como una ciencia de las relaciones del hombre con el medio natural. Fue F. Ratzel en *Antropogeografía y Geografía Política* (1882-1891) el primero en incorporar plenamente a la geografía las aportaciones del evolucionismo biológico y de la ecología.

En síntesis, la Geografía no podía quedar al margen de este gran movimiento intelectual si quería ser reconocida como disciplina científica. Es por eso que los grandes maestros universitarios de entonces muestran, a través de sus obras, que sus concepciones científicas están modeladas por las concepciones positivistas y evolucionistas.

En la Geografía física es William Davis, continuador sobre los estudios del relieve terrestre de G. K. Gilbert y J. W. Powell, quien aporta una respuesta sistemática a gran parte de los problemas planteados, al asumir y potenciar plenamente los postulados científicos en boga. Se abordará su pensamiento y las críticas de las que fue objeto en el apartado correspondiente a la Geografía Física.

EL HISTORICISMO EN LA GEOGRAFIA

Hemos dicho que hacia fines del siglo XIX se promueven cambios importantes en el panorama científico y filosófico europeo. Se produce una reacción neta contra el positivismo y el naturalismo, y se cuestionan de forma extendida, aunque no unánime, principios aceptados antes como indiscutibles conformándose el marco de debate intelectual propicio para el desarrollo de corrientes filosóficas neoidealistas, neocriticistas o neokantianas y espiritualistas. La oposición entre naturaleza y espíritu y, correlativamente, la distinción entre ciencias naturales y humanas (o del espíritu, o culturales) planteaba a la geografía recién institucionalizada un grave problema, por el peligro de disgregación entre geografía física, de fuerte arraigo en la disciplina y otra humana, en creciente desarrollo tras el primer intento de sistematización realizado por Ratzel. La preocupación fundamental de los geógrafos antipositivistas de la época era - frente a la concepción espiritualista que afirmaba la diversidad entre materia y espíritu y que consecuentemente conducía a una separación tajante entre una rama natural (Geografía Física) y otra cultural o humana (Geografía Humana) -, mantener la unidad disciplinar.

Frente al dualismo disgregante y amenazador, la geografía regional, a través de la propuesta de Vidal de la Blache, se configuró como la vía más segura para la supervivencia de la ciencia. La propia tradición geográfica más las aportaciones teóricas provenientes del historicismo, se encargaron de dar los fundamentos para este camino integrador.

En su esfuerzo por asegurar la viabilidad de la Geografía frente a otras ciencias como la Historia, Vidal de la Blache no dudó en afirmar la vertiente naturalista de su disciplina llegando a afirmar que “la geografía es la ciencia de los lugares, y no de los hombres” y que su misión consiste “en buscar cómo se combinan y modifican las leyes físicas y biológicas que rigen el globo al aplicarse a las diversas partes de la superficie terrestre” (Vidal de la Blache, 1894, en Figueira R., 1977). Una concepción integradora, a caballo entre las ciencias de la naturaleza y el hombre, no podía menos que sorprender en aquellos momentos. Sin embargo Vidal de la Blache se esforzó por mostrar que la Geografía tenía un campo propio¹⁰ y sobre todo, que aplicaba métodos y puntos de vista específicos.

La geografía era un terreno bien preparado para admitir la distinción neokantiana entre ciencias nomotéticas e idiográficas, y para aceptar ser incluida en este segundo grupo. Pero, además los geógrafos pudieron asimilar directamente esta distinción a partir de la vinculación entre las ideas de Hettner con Windelband. El primero, que en sus comienzos se había dedicado a la geografía física, hacia fines del siglo XIX, se orientó hacia la geografía regional. En su obra hace hincapié en la unidad de la geografía y muestra, a su vez, su especificidad respecto de las disciplinas próximas, tal como se detallará más adelante. Si durante mucho tiempo había sido posible aceptar la geografía como una ciencia general de la tierra (*Erkkunde*), ello ya no será así partir del siglo XIX debido al nacimiento y rápido desarrollo de disciplinas tales como la geología, la geofísica, la meteorología y otras. Por ello, el esfuerzo de Hettner se dirige a demostrar que la verdadera esencia de la geografía es el enfoque corológico, es decir, aquel que permite describir e interpretar los caracteres diferentes de la superficie terrestre, y justificar la validez epistemológica de este enfoque como distinto al sistemático.

La geografía se encargaría de describir las distintas unidades espaciales, definiéndolas y comparándolas entre sí a partir de conceptos básicos tales como los de diferenciación y asociación espacial. Hettner consideraba que los fenómenos que deben ser estudiados por el geógrafo son sólo aquellos que dan cuenta del carácter variable de la superficie terrestre. Cada lugar será identificado por la particular asociación de fenómenos que en él acaecen, distinta a la de otros lugares.

Con estas ideas la Geografía se separaba de las ciencias sistemáticas basadas en categorías separadas de fenómenos, y se aproximaba a las ciencias históricas, de las que, sin embargo, se distingue por la dimensión cronológica

¹⁰ Es en este período cuando, siguiendo las enseñanzas de Kant la Geografía se diferencia de la Historia pues ella estudia los fenómenos en el espacio mientras que la Historia se ocupa de los fenómenos a través del tiempo.

que es inherente a éstas. Respecto de las ciencias sistemáticas, que también estudiaban distribuciones espaciales de fenómenos particulares (plantas, animales y otros) y sus causas, la geografía se diferencia de ellas al insistir en la asociación espacial de fenómenos que contribuyen a dar el carácter particular a un territorio. “Cada territorio había de estudiarse en sí mismo, en su integridad, sin separar ni privilegiar unos fenómenos u otros, ya que naturaleza y hombre pertenecen al carácter propio de un territorio y esto de tal forma que no pueden ser separados uno de otro” (Capel, 1981, pag. 322). Con ello se aseguraba el carácter unitario de la ciencia y se evitaba el dualismo que supondría el estudiar separadamente los aspectos físicos y humanos. La geografía se definía así como una ciencia que no era ni natural ni humana, sino ambas cosas a la vez.

CONTRASTES, REPLICAS Y ENCUENTROS EN TORNO A LA CONTROVERSIAS POSITIVISMO - HISTORICISMO EN GEOGRAFIA FISICA

Es en los últimos años del siglo pasado cuando se sistematizan los conocimientos acerca del relieve terrestre que promueven la constitución, dentro de la Geografía Física, de una disciplina específica denominada Morfología o Geomorfología. Esta sistematización se realiza en ámbitos culturales y científicos bien diferenciados, abocando a propuestas teórico-metodológicas distintas aunque coincidiendo en la atribución a la nueva disciplina “de un carácter eminentemente geográfico” (Muñoz Gimenez, 1993, pag. 16). Una de estas posturas teórico-epistemológicas se desarrolla en Estados Unidos y su exponente fundamental es W. Davis mientras que la otra tuvo origen en Alemania y su iniciador es F. von Richthofen cuyas ideas que en un principio tuvieron poca difusión, más tarde se afirmarían y difundirían gracias a los aportes de Max Derruau, Hettner, W. Penck entre otros. Ambas posturas presentan en común la idea de que el estudio del relieve terrestre es un tema correspondiente al ámbito científico de la Geografía (y no al de la Geología)¹¹, la convicción de que es la aplicación de un enfoque y una metodología evolucionista la que puede dar carácter científico a dicho estudio. Sin embargo subyacen en ellas diferencias sustanciales: mientras que Davis propone una metodología fundamentalmente deductiva, Richthofen y sus continuadores optan un método empírico de gran carga inductiva y mientras en la propuesta de Davis se considera que la Geomorfología puede y debe tener un cuerpo propio de leyes generales, la otra escuela sostiene que no puede llegar a establecerlas. A continuación se analiza los principales preceptos de cada una de estas corrientes.

El positivismo en la Geografía Física

Hacia mediados del siglo XIX tuvo gran desarrollo una geomorfología positivista que trataba de llegar a la formulación de teorías explicativas generales. Son muchos los ejemplos que podrían citarse (Emmanuel de Margerie, Albrecht Penck o G.C. Gilbert, etc) para destacar los trabajos de corte positivista que experimentaron además el fuerte impacto del evolucionismo darwinista. Pero quizás el ejemplo más claro que es el esquema teórico propuesto por William Davis (1899) en “The Geographical Cycle”.

En los últimos años del siglo XIX Davis intentó formular una teoría explicativa global de la evolución del relieve terrestre: el denominado “ciclo de erosión”. En su formulación más acabada, construye un modelo teórico que trata de explicar las formas superficiales como resultado de un proceso erosivo de carácter progresivo y secuencial. Davis propone un “ciclo erosivo ideal” y considera que en el esquema del mismo “puede trazarse una completa secuencia de formas terrestres de un tipo a otro”. El ciclo comienza con movimientos de la corteza terrestre que elevan la tierra a una cierta altura por encima del nivel de base. A partir de ahí se desencadena un proceso destructivo que avanza progresivamente durante un largo período de estabilidad tectónica y que acaba en una penillanura final. En el desarrollo del proceso erosivo se reconocen diversas fases (inicial o juventud, madurez, y final o vejez), cada una de las cuales da lugar a formas superficiales bien diferenciadas. Se trata de una teoría evolutiva del relieve terrestre en la que se reconoce el evolucionismo dominante en la segunda mitad del siglo XIX. El mismo Davis llamó al ciclo en sus primeras formulaciones “ciclo vital”, y defendió la idea de que tanto las formas terrestres como las orgánicas “deberían estudiarse considerando su evolución”¹². Según Davis a partir de la teoría del ciclo de erosión podría explicarse fácilmente el carácter variable de las formas superficiales y reemplazar “los métodos arbitrarios” de descripción anteriormente usados de forma universal, por un método racional, explicativo, de acuerdo con la filosofía de la “era moderna”. Según este autor, el carácter explicativo de su teoría consistía en el desarrollo de un sistema deductivo general, dentro del cual fuera posible interpretar las distintas formas de la superficie terrestre, todas las cuales están en función de tres variables que pueden ser

¹¹ Según Davis “la Geografía ya se ha perjudicado demasiado por no utilizar la imaginación, la invención, la deducción y las demás facultades mentales que contribuyen al logro de una explicación rigurosa. Es importante recalcar que el geógrafo necesita conocer el sentido, el modo de explicación y el origen de las formas que observa, y que para ello es una gran ayuda precisar y describir con todo rigor dichas formas”. (cfr .Gomez Mendoza y otros, 1983, pag. 179)

¹² Las tres pasos que él considera, pueden ponerse en relación con otras interpretaciones semejantes en diferentes ciencias naturales y sociales que recibieron el impacto del evolucionismo positivista en el siglo XIX (Capel, 1983, pag. 21).

denominadas estructura, forma y proceso. Tomando sus palabras “la estructura es un elemento importante en el estudio geográfico, porque en la mayoría de los casos influye en la forma. Una importancia equivalente tiene el proceso, pues en todos los casos ha influido en mayor o menor grado en la determinación de la forma y siempre se encuentra en actividad” (cfr. Gomez Mendoza y otros, 1983, pag. 179). Actualmente se considera que el concepto ciclo de erosión presenta mucho de los rasgos de un ciclo teórico. Si se tiene en cuenta la simple clasificación, este modelo sería de naturaleza teórica, tal como ocurre en las ciencias naturales, y destacaría aspectos “significativos” de la realidad, dejando de lado la información “no significativa”. Pero tal como ocurre con casi la totalidad de los modelos, la realidad no encaja perfectamente en ellos. Cabe agregar el carácter predictivo que posee el modelo, especialmente en lo que hace a “términos de retrodicción desde el pasado”. Chorley ha realizado una caracterización del método científico de Davis señalando que “una conclusión inicial derivada sobre todo del estudio de mapas y justificada luego con argumentos y con un mínimo de observaciones de campo muy cuidadosamente seleccionadas” (Chorley, 1978 en Capel, 1983 pag. 22), podría tomarse como una descripción del enfoque teórico positivista, que insiste en la producción de teorías y en la explicación y no en la simple acumulación de informaciones.

Una de las cosas en que Davis puso énfasis fue en la debilidad de los métodos empíricos e inductivos y en la necesidad de usar un método explicativo o racional. Sin embargo reconocía que ni el método empírico ni el explicativo se usan nunca puros, y de forma exclusiva, incluso él mismo había usado inferencias inductivas en su razonamiento. J. Polansky (1974, pag. 243) en su obra *Geografía Física General*, de amplia difusión y utilización en Argentina, se adscribe a la teoría davisiana al sostener -ante algunos embates que sufrió la teoría- que “no es cierto que el modelo davisiano carezca de realidad” e insiste en que “las ciencias no pueden prosperar sin modelos abstractos tales como: triángulo, ciclón, mamífero, geomagnetismo, isostasia, valle, bosque, geosinclinal, etc. En la práctica no puede existir ninguna discrepancia entre la observación empírica y un modelo correctamente elegido”.

El historicismo en la Geografía Física

Es en Francia donde la teoría de Davis tuvo gran aceptación. La geografía francesa estuvo ampliamente influida por su obra y merced al “*Tratado de Geografía Física*” (1909) de Emmanuel de Martonne sus ideas adquirieron relieve en el mundo académico francés y luego en toda Europa. El prestigio que adquirió esta teoría era tal que todas las formas de relieve se interpretaron en términos del ciclo de erosión, incluso en aquellos casos en que la secuencia cíclica era realmente difícil de establecer. Puede decirse que las dos primeras décadas del presente siglo fueron decididamente davisianas y que, siguiendo a de Martonne, se aceptó el esquema cíclico y se trató de confirmarlo mediante el estudio detallado de cada territorio. Sin embargo no tardaron en aparecer numerosos problemas que pusieron en duda los conceptos davisianos. Los mismos geomorfólogos franceses, que aceptaron la teoría de los ciclos de erosión con entusiasmo, fueron los primeros en reunir abundantes observaciones empíricas que ofrecían dificultades al tratar de explicarlas mediante esa perspectiva. Puede señalarse que la puesta en cuestión de dicho modelo por “simple” y “esquemático” fue posible a partir del análisis de casos particulares que no se ajustaban a él. La erosión normal pasó a ser considerada sólo un caso particular correspondiente al clima templado, y se descubrieron sistemas de erosión diferentes correspondientes a otras zonas climáticas.

A partir de 1920 las investigaciones se abordaron, a partir de posiciones regional-historicistas. El enfoque geomorfológico regional se transformó para ese entonces en el prototipo de investigación para los geógrafos de la tendencia física dentro de la escuela de Vidal de La Blache. Dichos estudios regionales permitieron reunir los datos empíricos que invalidaron la teoría del ciclo de erosión. En este sentido Capel (1983, pag. 24), destaca las investigaciones realizadas por S.W. Wooldridge¹³ Sus trabajos sobre la estructura superficial y el avenamiento en el sudeste de Inglaterra, que fueron elaborados desde una óptica regional paisajística y condujeron a una jerarquía de unidades morfológicas regionales basadas en las características del terreno, permitieron detectar numerosas anomalías respecto al modelo ideal davisiano y precisar la cronología de la denudación.

El tiempo, que era homogéneo y secuencial en Davis se comienza a percibir como heterogéneo y complejo, una especie de tiempo histórico en el que se producen cambios repentinos y variados. Los geomorfólogos franceses, que por ser geógrafos tenían también una buena formación histórica, aceptaban el carácter único e irreplicable de cada momento histórico en lugar de destacar el carácter general de la evolución de los paisajes.

La idea de la complejidad de la evolución geomorfológica adquiere progresivamente más fuerza mientras que el ciclo de erosión “normal” davisiano se fue considerando, cada vez más, como un concepto hipersimplificado que no tenía en cuenta la riqueza y variedad de las condiciones realmente existentes. Las formas superficiales deberían ser, en cambio, interpretadas “como el producto de una compleja evolución, como una mezcla de agentes recientemente desarrollados, y de supervivencia en curso de modificación a ritmos variados” (Tricart y Cailleux, 1955, pag. 171. cit. en Fairbridge, 1968, pag. 414). Esta evolución compleja es el resultado de la combinación en un medio concreto de factores diferentes en

¹³ Dentro de esta línea se destacan los trabajos de los llamados geomorfólogos-geógrafos del período interguerras (Baulig, Tricart, Viers, etc).

interacción, por lo que en todo análisis geomorfológico debe tenerse en cuenta el carácter sintético de esta realidad que es el paisaje. Al respecto Max Derruau explica claramente esta noción de síntesis: “a pesar de que sea necesario colocar el origen de una forma en un esquema general abstracto, sin embargo la morfogénesis se desarrolla en un medio concreto, donde todas las causas se interfieren.” (1965, pag. 32).

Así, El clima provoca la alteración de las rocas: esta alteración permite la implantación de una vegetación que, a su vez, frena o acelera, los procesos erosivos. Todo cambio climático influye en la erosión y, por lo tanto, en la forma de depositarse los derrubios acarreados. La morfología se integra también en un complejo biofísicoquímico, y aun las sociedades humanas, avivando la erosión, debido a la destrucción de la corteza vegetal, o limitándola con medidas protectoras, se comportan como agentes morfológicos. En todo análisis debe tenerse en cuenta el carácter sintético de esta realidad que es el paisaje.

Los geomorfólogos franceses reprocharon a Davis que no tuviera en cuenta suficientes datos y hechos en sus abstracciones teóricas. Frente a esquemas que parcializaban la realidad, se postula el contacto vivo con ella y el reconocimiento exacto de los datos que estaban allí. Se propone que el geomorfólogo se sitúe ante el paisaje, sin prejuicios ni ideas a priori, para observarlo y analizarlo con cuidado, con objeto de inferir la compleja evolución y los múltiples factores que lo han modelado. El punto de partida debía ser siempre la observación. Se trata de describir el paisaje geomorfológico, para luego entender a partir de ahí su formación y las etapas que había atravesado. Así lo entiende Max Derruau (1966, pag. 17) cuando afirma que “como toda ciencia de la naturaleza, la Geomorfología se propone describir y explicar. Según la personalidad de cada morfólogo, se acentúa bien el carácter geográfico, o sea la descripción de las formas, o bien su explicación.”¹⁴

Los geomorfólogos franceses no dedicaron su esfuerzo a reflexionar sobre los principios teóricos generales -los cuales por otra parte ya existían, pues siempre se tenía presente, de una manera y otra, la teoría de Davis- en función de los cuales pudieran elegirse los ejemplos empíricos a estudiar. En lugar de ello, siguieron la vía de la realización de monografías geomorfológicas regionales a partir de las cuales lograron invalidar el esquema davisiano y consiguieron resultados valiosos. Era cada espacio regional con su originalidad específica lo que interesaba. Ese hecho quedó reflejado en estas monografías aunque en muchos casos estaban “yuxtapuestas, sin idea directriz de conjunto, repitiendo incansablemente lo que ya había sido dicho, pero dándose la ilusión de decirlo por primera vez, porque la teoría era aplicada en cada caso a un ejemplo diferente, no estudiado todavía” (Capel, 1983, pag. 26). De esta manera, tal como se podía esperar, se exaltaron los métodos de tipo cualitativo y se expresaron formalmente reticencias ante los intentos de análisis cuantitativos que llegaban a la geomorfología desde la geología o la mineralogía. Se trata de una actitud que se mantuvo con gran fuerza durante todo el período de dominio de la geomorfología antipositivista. Hasta no hace mucho tiempo Max Derruau (1978, pag. 21 y 23) insistía en “la dificultad de interpretar las leyes morfológicas a través de las matemáticas y que en todo caso corresponde al morfólogo discernir por sí mismo cuando una cifra es verdaderamente expresiva o cuando no es más que la expresión inútilmente complicada de una realidad mucho más simple”¹⁵. En el estudio de las formas del relieve se debe hacer intervenir la intuición y la imaginación como facultades válidas del trabajo científico¹⁶.

No sólo en Francia surgieron ideas opuestas a la tesis davisiana, las que reflejaban en esencia, el enfrentamiento entre posiciones idiográficas y nomotéticas. Dos geógrafos alemanes muy comprometidos con ideas historicistas, Siegfried Passarge y Alfred Hettner, fueron los mayores críticos de la teoría de Davis a la que impugnaron, al igual que los geógrafos franceses, por demasiado esquemática y simplificadora, y por no tener en cuenta las características concretas de cada medio local.

En los estudios realizados sobre el desierto del Kalahari, Passarge consideró que la teoría del ciclo de erosión era válida para las regiones de clima “ordinario o normal”, pero no para las de clima árido. También defendió la superioridad

¹⁴ En el espíritu de aquellos que insisten más sobre la explicación de los relieves que sobre su descripción, no es necesario decir que ésta es esencial, y que si se reduce a poca cosa es por que las cosas son más conocidas en su especie que en su génesis. Será pues, más difícil desviar el sentido de la Geomorfología hacia el de explicación del relieve, evolución del mismo y estudio de los procesos de su modelado, todas ellas nociones que están incluidas en la Geomorfología, pero que no se confunden con ella”. (Max Derruau, 1978, Pag. 17)

¹⁵ Señalaba además que “fuera del dominio de la hidráulica y de la hidrodinámica parece difícil llegar a leyes morfológicas de expresión matemática, ya que las formas son debidas a varios factores simultáneos y a menudo discontinuos: así parece difícil expresar matemáticamente la evolución de la curva de una pendiente” (pag. 21 y 23).

¹⁶ En el estudio de las formas del relieve el geomorfólogo hacía intervenir la intuición y la imaginación como facultades válidas en el trabajo científico. H. Baulig (en Capel, 1983, pag. 27) que dedicó tantas páginas a ensalzar la necesidad de hacer descripciones regionales evocadoras e imaginativas que invitaran “al lector a una participación activa despertando su memoria y su imaginación”, y que no dudó en escribir que en ellas “la distinción entre arte o ciencia, ciencia o arte, se desvanece”, fue uno de los más destacados líderes de la geomorfología francesa, y habría sido muy difícil que estas ideas dejaran de afectar también su actitud respecto a la investigación geomorfológica.

del método inductivo frente al deductivo o explicativo, y la necesidad de estudiar cuidadosamente los hechos del paisaje visible antes de intentar explicarlo¹⁷.

Pero fue A. Hettner quien a principios del presente siglo realizó una refundamentación de los principios teóricos y filosóficos de la geografía a partir de la aplicación de los principios neokantianos de Windelband. Hettner arremetió de manera directa contra el ciclo de erosión de Davis por la forma teórica en que estaba expuesto, por su “inconsistencia y naturaleza esquemática”, por su superficialidad. Consideraba que esta teoría “usualmente no está apoyada en los hechos”, ya que “la mayor parte de las penillanuras se postulan a partir de una escasa evidencia: y las planaciones que realmente existen hoy pueden explicarse de forma diferente”. Era necesario introducir gran número de precisiones y matices en la teoría, pero con ello “la idea de ciclo pierde su significado real”. Para Hettner “el enfoque puramente geométrico de Davis es inseparable de su fundamentación en los métodos deductivos”. Por su parte, pensaba que mediante la deducción se puede “determinar cuantitativamente el período durante el cual los procesos han operado, pero sólo la observación nos enseñará los diferentes tipos de procesos” (Capel, 1983, pag. 28).

A. Penck, otro geógrafo dedicado a la Geografía Física que inicialmente había adherido a la teoría de Davis, se distanció de esta idea y luego afirmó que en realidad en los dos enfoques (Davis - Hettner) subyacía un enfrentamiento metodológico: inducción versus deducción. Las oposiciones teóricas no dejaban ocultar importantes diferencias en la interpretación de la evolución geomorfológica y de los procesos implicados. En efecto, frente a la teoría de Davis, que iniciaba el comienzo del ciclo de erosión por un cambio repentino que daba lugar a la elevación de terreno y a la modificación del nivel de base, Hettner pensaba que los valles se forman y desarrollan progresiva y continuamente a través de diferentes estados de vida hasta que alcanzan un estadio final. Esta idea, a la que también adhirió W. Penck ponía de manifiesto que levantamiento y erosión no estaban rígidamente separados, sino que eran procesos que se realizaban simultáneamente y en profunda interacción. Por otra parte, esos y otros estudios contribuyeron a demostrar que un gran número de formas superficiales se desarrollaban de manera totalmente distinta a lo postulado por la teoría del ciclo de erosión. En base a estas premisas se fue definiendo el concepto de sistema de erosión o sistema morfogenético, que permitió la consideración simultánea de los complejos o combinaciones de factores climáticos y estructurales que dan lugar a la aparición de unas formas de relieve determinadas¹⁸.

Ante la crítica recibida, Davis convalida los principios positivistas (aunque suavizando su postura inicial) al tiempo que afirma que nunca había rechazado el uso del método inductivo y de la observación y que su teoría había sido objeto de múltiples verificaciones. Con la frase “Casi todas las deducciones del esquema cíclico han sido inductivamente comprobadas” (Capel, 1983, pag 29) defiende su postura contra las acusaciones de “rigidez”. De todas formas, a pesar de estas observaciones, Davis nunca renegó de su método deductivo y explicativo e inclusive realizó críticas a los que sostenían la práctica de la observación, porque ello llevado al extremo significaría que habría que “esperar hasta que todo sea conocido antes de que algo pueda ser explicado”. También acusó a Hettner y Passarge de que, a pesar de sus ataques a los métodos deductivos, habían usado ampliamente de ellos, aunque generalmente de forma implícita e incorrecta.

En general puede señalarse que los enfoques explicativos y deductivos desaparecieron del campo de la geomorfología a partir de los años 1920 en Europa y 1930 en Estados Unidos, dando paso a un enfoque historicista y empírico basado en estudios concretos. El esquema de ciclo de erosión podía mantenerse en algunos casos como marco teórico de referencia, pero desde los años 1930-40 ya está totalmente desacreditado por su generalidad y simplicidad, y empieza a ser sustituido por otras interpretaciones que daban cuenta de la complejidad de la evolución geomorfológica.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La evolución del pensamiento geográfico a partir del siglo XVIII puede entenderse en términos de una ‘oposición’ recurrente y alternativa entre actitudes “Positivistas” e “Historicistas”. Se trata, quizá, de dos enfoques irreductibles pero, a su vez, complementarios. Tal como lo ha señalado E. Cassirer con referencia a lo que él llama los dos ideales del conocimiento, “si bien las dos posiciones se excluyen entre sí en cuanto a dogmas, consideradas como principios y orientaciones del conocimiento, no sólo pueden coexistir, sino que se complementan mutuamente” (Capel, 1983, pag 38). La historia de la Geografía parece mostrar la validez de esta tesis puesto que, luego de un período de

¹⁷ Passarge insistía en que el estudio del paisaje debía comenzar con una descripción empírica de los hechos de observación, no influida por preconcepciones teóricas o explicativas.

¹⁸ Dentro de la Geografía Física las posiciones historicistas no fueron exclusivas de la Geomorfología. Muy probablemente todo el amplio espectro de esta rama geográfica se vio influido por ellas. En climatología es posible que sea un reflejo de esto la insistencia en situaciones concretas: la actitud de los geógrafos que resaltan la importancia esencial del “tiempo” de un lugar y momento preciso, y que realizan lo que A. Meynier ha denominado “una climatología cada vez menos aritmética”. En ocasiones parece, como si los geógrafos que estudian el clima fueran partícipes de los puntos de vista historicistas que destacan la necesidad del conocimiento empático. El geógrafo “no puede aprehender plenamente el clima más que si se mete verdaderamente en la piel del campesino, si siente con él el papel útil o nefasto de un golpe de viento, de una sucesión demasiado rápida de tormentas, de un calor prematuro” (en Capel, 1983, pag. 31)

predominio de uno de los enfoques, “agotadas” todas las posibilidades que ofrece para avanzar en el conocimiento de una temática, se vuelve hacia el enfoque contrario y complementario que permite aproximarse de una forma distinta a la realidad descubriendo nuevas facetas que antes habían quedado veladas.

Sin embargo, al pretender plantear una nítida oposición “Positivismo - Historicismo” surgen los problemas comunes a todo reduccionismo dicotómico. En principio podría decirse que no es fácil llegar a un acuerdo unánime en cuanto a los rasgos retenidos como fundamentales para cada uno de estos enfoques. Uno de los aspectos que se presenta bastante difuso es la oposición “Historicismo - Positivismo” con otra que aparece también recurrentemente en la historia de la filosofía, la del Empirismo-Idealismo. Si el “Positivismo” es generalmente “Empirista”, la posible relación entre “Historicismo” e Idealismo genera muchas más dudas. El problema tiene interés en relación con otra posición que puede realizarse, la de métodos inductivos y deductivos. Son muchas las declaraciones que existen en el Positivismo del siglo XIX sobre la utilización del método que hoy llamamos inductivo, que parte de la observación y procede por comparación y clasificación hacia generalizaciones sucesivas. Pero al mismo tiempo, en la obra de los positivistas decimonónicos hay siempre una valoración de la teoría y un rechazo de lo que consideran el empirismo burdo. Parece claro que tanto en A. Comte como en C. Bernard existe una valoración de la teoría previa, lo que podría considerarse, al menos desde una perspectiva actual, como una negación del inductivismo estricto. En este sentido, el Positivismo del siglo XIX enlazaría fácilmente con las pretensiones deductivistas del racionalismo crítico popperiano. Eso explica que en alguna caracterización de las posiciones “Positivistas” se considere como un rasgo esencial en ellas la utilización de métodos hipotético-deductivos. Por su parte en los autores historicistas hay, normalmente un rechazo de las teorías previas y una valoración de la inducción. De acuerdo a esto podría realizarse una identificación entre tradiciones “positivistas”, racionalistas y métodos deductivos, por un lado y tradiciones historicistas - métodos inductivos por otro.

H. Capel (1983, pag. 40) afirma que “la contraposición positivismo-historicismo puede parecer exagerada” y se la puede tildar de “reduccionismo clasificatorio”¹⁹ aunque “puede resultar muy útil como marco de referencia para entender la evolución del pensamiento científico en las ciencias sociales y naturales”. Respecto a esta contraposición positivismo-historicismo en Geografía Física y teniendo en cuenta las aplicaciones prácticas de la ciencia en la actualidad, el geomorfólogo español J. Muñoz Jiménez afirma “que el enfoque geomorfológico de raíz davisiana se adecua más a una perspectiva geológica o entroncada con las “ciencias naturales”, mientras que el enfoque corológico (historicista) resultaría más acorde con el punto de vista geográfico”. Para aquellos que aborden el estudio del relieve desde una base geográfica y con una finalidad geográfica se han de sentir mejor posicionados dentro de esta postura “más concreta y global”, funcionando sobre bases más amplias y firmes, propias de una formación profesional humanística. De acuerdo a este autor podría decirse que la Geomorfología “geográfica”, pone el acento en las formas y en el marco en el que se desarrollan mientras que la Geomorfología “geológica” se orienta hacia los procesos de modelado y sus bases mecánicas, físicas y químicas. Ambas Geomorfologías “se complementan y pueden contribuir sin duda, al enriquecimiento de la disciplina” (1993, pag 21).

Las preocupaciones filosóficas que desde mediados de 1980 intentan superar las dicotomías sujeto-objeto, adentro-afuera, inducción-deducción, objetivo-subjetivo, explicación-comprensión; reconocen (diferencias entre autores y escuelas mediante) que “toda comprensión es explicativa” y que “no hay explicación sin comprensión”. Más allá de este debate cuya resolución está lejos de agotarse entre los interesados en la Filosofía e Historia de la Ciencia y que excede los propósitos y posibilidades de este trabajo, lo cierto es que, los geógrafos físicos (como todos los científicos) en su práctica científica cotidiana permanecen “ajenos” a toda “teorización de la teoría” combinando las metodologías que les permiten “dar cuenta” del por qué del paisaje que constituye su objeto de estudio.

Que la investigación no ancla a cada instante para “mirar hacia adentro” o, más precisamente “mirar hacia atrás”, hacia sus fundamentos, formas de progreso, interés social que la respalda, etc. no debiera ser obstáculo para detener el trabajo y efectuar una reflexión sobre estas cuestiones. Ello otorga sentido a la práctica, es un mirar “más lejos” para “entender lo más cercano”. En esta preocupación, se intenta inscribir estas páginas.

BIBLIOGRAFIA

- Capel, H. 1981. Filosofía y Ciencia en la Geografía Contemporánea. Ed. Barcanova. Barcelona.
- Capel, H. 1983. Positivismo y Antipositivismo en la Ciencia Geográfica. El ejemplo de la Geomorfología. Geocrítica N° 43. Fac. de Geografía e Historia. Universidad de Barcelona.
- Claval, P. 1974. Evolución de la Geografía Humana. Ed. Oikos tau. Barcelona.
- Derruau M. (1978). Geomorfología. Ed. Ariel. Barcelona
- Estebanez J. 1982. Tendencias y Problemática Actual de la Geografía. Ed.. Cincel. Madrid.
- Ferrater Mora. 1979. Diccionario de Filosofía. Ed. Alianza. Madrid.
- Fairbridge, R. 1971. The Encyclopedia of Geomorphology. Reinhold. New York.

¹⁹ Se trata, en efecto, de simplificaciones que caricaturizan y exageran deliberadamente los rasgos básicos, con el fin de obtener un punto de referencia que permita el análisis de la realidad concreta y, a partir del positivista tipo, intentar detectar las desviaciones que se producen respecto a estos tipos ideales .

- Figueira, R. 1977. Geografía, Ciencia Humana. C.E.A.L. Buenos Aires.
- Foucault M. 1971. Las Palabras y las Cosas. Ed. Siglo XXI. México.
- García Ballesteros A. (Compil.) 1986. Teoría y Práctica de la Geografía. Ed. Alhambra. Madrid.
- Gomez Mendoza J., Muñoz Jiménez J. y Ortega Cantero (Coord.) 1983. El Pensamiento Geográfico. Ed. Alianza. Madrid.
- Kuhn, T. 1971. La estructura de las Revoluciones Científicas. Ed. Fondo de Cultura Económica. México.
- Mill, J. 1977. Augusto Comte y el Positivismo. Ed.. Aguilar. Buenos Aires.
- Muñoz Jiménez, J. 1993. Geomorfología General. Ed. Síntesis. Madrid.
- Polanski J. 1974. Geografía Física General. Ed. Eudeba. Buenos Aires.
- Quaini, M. 1982. Marxismo y Geografía, OIKOS TAU, Barcelona.
- Razinkov O. (Trad.) 1980. Diccionario de Filosofía. E. Progreso. Moscú.
- Sala Sanjaumen M. y Batalla Villanueva R. 1996. Teoría y Métodos en Geografía Física. Ed. Síntesis. Madrid.
- Unwin, T. 1995. El lugar de la Geografía. Ed. Cátedra. Madrid.